

# VALORACIÓN GEOESTRATÉGICA DE ORIENTE MEDIO

José Antonio Borrego González  
*Teniente coronel de Infantería (DEM).*

## Introducción

El nuevo orden internacional, surgido de las profundas transformaciones habidas en Europa, ha trasladado el centro de gravedad estratégico y de seguridad del mundo hacia Oriente Medio, donde persiste resentimientos históricos, ambiciones pannacionalistas, fanatismo religioso, regímenes teocráticos arcaizantes y feudales, artificialidad de fronteras y desesperación y rebelión fomentados por la miseria del subdesarrollo.

La relación entre el Mediterráneo y el Oriente Medio es una realidad bien conocida, por lo que España ha prestado siempre una atención especial a los problemas de esta región geográfica cuya seguridad nos afecta y, en ocasiones, su inestabilidad se ha acercado a nuestro territorio.

Una premisa indispensable al iniciar el tema general del Oriente Medio debe consistir, precisamente, en poner de relieve la indeterminación de dicho término.

Hasta el siglo XIX se hablaba de «Oriente» para designar los territorios bajo dominación otomana. Fue la penetración europea en China, a finales de este mismo siglo XIX, la que introdujo la noción de «Extremo Oriente» y que, por reacción natural, hizo nacer la expresión de «Cercano Oriente» para designar los territorios islámicos más próximos a Europa.

Entre el «Extremo» y «Cercano» los anglosajones crearon, a principios del siglo XX, el término «Oriente Medio», asignándolo a las regiones que iban del mar Rojo a la colonia británica de la India. Pero tras la Primera Guerra Mundial y la caída del Imperio Otomano los anglosajones extendieron la noción «Oriente Medio» a todo el conjunto de países árabes, suprimiendo el término «Cercano Oriente» y dando lugar a la aparición de un confusio-nismo tal que todavía en algunos textos, principalmente norteamericanos, puede verse esta denominación única.

En la terminología francesa y española se venían empleando, de forma indistinta y confusa, las denominaciones de «Oriente Medio» y «Cercano Oriente» (o «Próximo Oriente»). Esta última delimitaba los países costeros del levante mediterráneo, mientras que las naciones del Magreb no quedaban comprendidas nunca en ninguna de ambas expresiones.

En cualquier caso la indeterminación era constante, aunque actualmente el concepto correspondiente a «Oriente Medio» queda bastante claro en el ámbito de los asuntos inter-nacionales y especialmente en los de carácter geoestratégico y político.

El Oriente Medio es hoy día lo que el geopolítico norteamericano Saul Bernard Cohen ha calificado como un «cinturón de quiebra», entendido como:

«Una gran región estratégicamente situada, ocupada por cierto número de Estados en conflicto, presa de los intereses opuestos de las grandes potencias y zona de contacto entre el dominio euroasiático continental y el mundo marítimo dependiente del comercio.»

Esta presentación comprenderá un panorama geoestratégico, para continuar profundizando con un análisis histórico, económico, militar y sociopolítico de los países que constituyen el denominado Oriente Medio.

### **Panorama geoestratégico**

En el presente análisis nos ceñiremos al territorio del Oriente árabe —Machrek—, es decir, a los siete países de la península Arábiga (Arabia Saudí, Yemen, Omán, Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Bahrein y Kuwait), a las cuatro naciones que constituyen el Creciente Fértil (Líbano, Siria, Jordania e Irak) y a los territorios iraníes e israelíes.

Agrupar, por tanto, a 13 países que, aunque situados geográficamente en Asia, están emplazados a un tiempo en la encrucijada de tres continentes (Europa, Asia y África) por lo que, en el transcurso de la Historia, siempre han suscitado ambiciones generadoras de tensiones.

Es una de las zonas más conflictivas del planeta pues aparte de la artificialidad de las fronteras heredada de la descomposición del Imperio Otomano y de la descolonización occidental, posee el 60% de las reservas del petróleo del planeta, contiene numerosos focos de conflictos derivados de ser una zona de contrastes —única en el mundo— entre países poco poblados, muy ricos y mal defendidos y los densamente poblados, militarmente más fuertes y con una situación económica mediocre.

Estos contrastes se acentúan por la existencia del Estado judío de Israel, rodeado de países árabes y musulmanes, el cisma religioso islámico con el enfrentamiento de diversas sectas musulmanas, el irredentismo del pueblo palestino, la inestabilidad política y social en el Líbano y la falta de legitimación de los gobiernos, en particular de las seis monarquías que se integran en el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG).

A esto hay que sumar la eterna rivalidad entre los árabes septentrionales y meridionales, las apetencias hegemónicas regionales, principalmente de Irak —país que según un político inglés fue una «locura de Churchill, que quiso reunir dos pozos petrolíferos muy distantes y tres pueblos antagónicos, shiíes, suníes y kurdos»— e Irán, que desea ejercer una influencia cada vez mayor en el mundo shií, sobre todo en las poblaciones shiíes del sur de Irak y Arabia Saudí poseedora de los Santos Lugares del islam, Medina y La Meca, e implantada en las sensibles regiones petrolíferas. Estas ambiciones sobrevivirán a sus regímenes actuales.

No debemos olvidar el problema de las minorías, en especial la kurda: pueblo sin Estado, repartido entre cinco países en los que no se respetan los derechos humanos.

Es, por tanto, una zona en la que sus diferencias son más fuertes que los lazos de unión; para alcanzar una situación estable se requiere, por las dificultades inherentes para establecer un nuevo orden de cosas, un largo plazo.

No obstante, es imprescindible para Europa que se establezca un sistema de seguridad en Oriente Medio por constituir un centro de gravedad estratégico, económico y de seguridad planetario, por la dependencia energética del mundo occidental, por ser la región de mayor densidad del globo de armamentos y por su proximidad a los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) —donde residen 70.000.000 de musulmanes— y porque en la medida en que se propicie el ejercicio para encontrar soluciones a los problemas de la zona será posible abordar el antagonismo de los países del Tercer Mundo.

### **Aspectos históricos**

La tradición asiria coloca en estas tierras el origen de la humanidad y, aunque esta teoría sea discutible, puede afirmarse que es la cuna de la civilización. En sus tierras aparecieron cuatro logros decisivos en el devenir histórico y cultural del ser humano: la cultura urbana, la escritura (y con ella el arranque de la historia propiamente dicha), el mono-teísmo (cuya primera expresión conocida es la religión de Zoroastro) y el establecimiento de relaciones entre los seres humanos regido por un cuerpo legal, el «código de Hamurabi».

El Oriente Medio, que fue sucesivamente el escenario de los Imperios Asirio, Babilónico, Persa y Macedónico y en el que no se produjo una romanización profunda, fue la cuna del impulso expansivo islámico con el Imperio Sasánida cuya capital fue Damasco.

Pero fue con el Califato abbásida (con capital en Bagdad) cuando la civilización islámica alcanzó su mayor esplendor, haciéndose formal y materialmente unitaria. Con la pujanza política y económica del Califato, mantenida entre los siglos VIII y XIII, acabaron los Ejércitos mongoles que, con las invasiones de los años 1202 y 1405, destruyeron las canales de riesgo y así cortaron de raíz la prosperidad económica y dieron lugar a una rápida despoblación de la zona.

El origen de todos los problemas que en la actualidad existen se encuentra en la desaparición del Imperio Otomano —que había incorporado la región en 1534 con Solimán el Magnífico— como consecuencia de la Primera Guerra Mundial.

Al Imperio Otomano, que durante el siglo XIX había perdido paulatinamente su cohesión interior, le sustituyó un mosaico de Estados que no tiene en cuenta las características intrínsecas de la población (étnicas, culturales, religiosas y lingüísticas).

Los elementos clave para la división artificial de los pueblos de la región fueron el Acuerdo Sykes-Picot y la Declaración Balfour.

El Acuerdo anglo-francés conocido como Sykes-Picot (16 de mayo de 1916) que prometía la independencia a los árabes si colaboraban en la guerra contra Turquía (alineada con los imperios centrales europeos) contenía unas cláusulas secretas de alcance muy superior. Por él se repartían Francia y Gran Bretaña, el Oriente Medio.

El acuerdo se plasmó en la Conferencia de El Cairo de 1921, a la que concurrieron medio centenar de expertos y en la que los árabes no tuvieron ni voz ni voto. Por ella se decidió dejar parte del Levante (Siria y Líbano) bajo mandato francés, Palestina quedaría bajo mandato británico, se creó en las antiguas regiones militares turcas de Mosul, Bagdad y Basora el Reino hachemita de uno de los hijos del Jerife de La Meca y otro se estableció en la Trasjordania. Al Jerife de La Meca, el amigo del legendario Lawrence de Arabia, se le adjudicó el Hedjaz proclamándose rey de los Santos Lugares de Medina y La Meca. Gran Bretaña seguiría ejerciendo el protectorado en Kuwait, Bahrein, Qatar y el resto de las costas oriental y meridional de la península arábiga.

Sorprendentemente, el emir de Ryad, Abb El-Azziz, fue olvidado en este reparto, por lo que, apoyándose en la violencia de los guerreros wahabitas, se autonombró sultán del Nedjed e intentó anexionarse Kuwait. Al ser aclamado —en 1926— a la salida de la «gran mezquita» en La Meca se proclamó también del Hedjaz. La unificación se realizó en 1932, fundándose la actual Arabia Saudí.

Las fronteras, establecidas muchas veces con regla y cartabón, se plasmaron en la Conferencia de Bagdad de 1922.

Cuando en la década de los años sesenta y setenta se concretan las entidades de Kuwait (1961) —que inmediatamente fue reclamado por Irak—, Yemen del Sur, Bahrein, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos, y con su rapidísimo desarrollo económico (gracias a su riqueza petrolífera), puede afirmarse que el viejo ideal de la unidad panárabe ha quedado totalmente fragmentado.

El trazado artificial de fronteras, en una zona donde no hace muchos años una tribu del Yemen podía desplazarse hasta Turquía con todos sus enseres y rebaños sin problemas, las identidades inventadas y el dominio occidental en la región durante tres décadas, hasta la crisis de Suez de 1956, fue el resultado de esta división de poderes entre pequeños Estados, para impedir toda posibilidad de un poder hegemónico.

La Declaración Balfour de 1917 culminó, en 1948, con el nacimiento del Estado artificial de Israel, que durante más de diez siglos había sido una única provincia otomana —el Levante, con capital política en Damasco, comprendía las actuales Siria, Líbano, Jordania e Israel.

Las fronteras mal definidas por razones históricas, geográficas y económicas han sido motivo de numerosos conflictos entre los que, como muestra, citaremos a los Emiratos Árabes Unidos que han denunciado que Teherán ocupó unilateralmente las islas de Abua Musa, Tomb Mayor y Tomb Menor. A su vez, los Emiratos cedieron, tras intensas presiones de Arabia, el territorio de Al-Jafus al sur de Qatar. Yemen reclama tres provincias saudíes desde 1974. Qatar denunció, en octubre del 1992, el acuerdo fronterizo con Arabia y exigía la apertura inmediata de negociaciones para establecer un nuevo límite. Irán y Arabia están en conflicto por las aguas territoriales de la isla saudí de Al-Araliyah; el archipiélago de Bahrein ha sido reclamado —tanto por los gobiernos prerrevolucionarios como por los revolucionarios—, como una parte integral de territorio iraní y las islas kuwaitíes Warba y Boubiyan y los yacimientos de Rumaylah son reivindicados por Irak. La soberanía sobre el estuario del Chatt El-Arab fue una de las causas de la guerra iraquí-iraní y Siria perdió Alexandretta, que fue a parar a manos turcas.

El engaño y la colonización europea, la intervención armada británica para poner fin al régimen nacionalista iraquí en la Segunda Guerra Mundial, la lucha de intereses entre las dos grandes potencias —Estados Unidos y Unión Soviética— durante los últimos 45 años, explica las reticencias árabes ante determinados aspectos de nuestro mundo occidental.

Las proclamas antiimperialistas de los radicales iraníes se enmarcan en este contexto, ya que también Irán fue víctima del enfrentamiento entre los Imperios Británico y Ruso.

En 1907, mediante el Tratado de Petersburgo, ambos imperios pusieron fin a su rivalidad en Oriente Medio, repartiéndose Irán en dos zonas de influencia; una británica al Sur, donde al poco tiempo del acuerdo se descubrió petróleo (creándose la compañía petrolífera Anglo Iranian) y otra rusa en el Norte —coincidente con el Azerbaiyán persa—, separadas por una zona central autónoma.

En el periodo entre guerras Irán había mostrado una actitud proalemana, con la intención de deshacerse de las presiones británicas y rusas. Esta política pronazi aconsejó la intervención de los aliados soviéticos y británicos para asegurar el control de los yacimientos petrolíferos, al tiempo de crear una plataforma de abastecimiento para la Unión Soviética.

Tras la repartición del territorio iraní en zonas de influencia, británicos y soviéticos, en el año 1942, un tratado con el Gobierno de Teherán por el que se comprometían a retirarse del país en un plazo no superior a seis meses después de la finalización de la guerra.

La política soviética de la construcción de un glacis defensivo en torno a su territorio también quiso aplicarla en Irán, apoyando y equipando las revueltas de azeríes y kurdos. Así se crearon dos Estados marionetas, la República autónoma de Azerbaiyán y la República kurda de Mohabad.

Las tropas británicas se retiraron al cumplir el plazo, no así las soviéticas. La situación era cada vez más tensa, los rumores anunciaban el avance ruso y el sha temía por un golpe de Estado prosoviético que repitiese lo sucedido en Rumania y Bulgaria. Por todo ello, decidió solicitar el apoyo de Estados Unidos, convirtiéndose Irán en un nuevo escenario de la guerra fría.

La denuncia de Irán en la ONU por el incumplimiento del tratado y la acusación de injerencia en asuntos internos, además de la firmeza mostrada por Estados Unidos dieron lugar a que las tropas soviéticas abandonasen la zona, dejando las dos repúblicas sin protección del Ejército Rojo. Fueron recuperadas por el Ejército iraní en el invierno de 1946.

### **Análisis económico**

La situación económica de los países del Oriente Medio se caracteriza por el contraste entre lo antinatural de los mini Estados de la península Arábiga —con desproporcionadas riquezas amasadas en torno al petróleo— y el bajo nivel de vida de otros pueblos. Frente a los 15.720 y 13.680 dólares de renta *per cápita* de los Emirato Árabes Unidos y Kuwait nos encontramos con los 612 y 1.500 dólares del Yemen y Jordania respectivamente.

Pero en las petromonarquías, donde se ha pasado del camello al avión particular, el petróleo se considera propiedad privada de la familia reinante y de su entorno más próximo; no

se han resuelto los problemas básicos de una sociedad mínimamente justa. El petróleo ha dado trabajo a más personas que las naturales de la tierra pero en condiciones sólo tolerables para los que no tienen otra salida.

La economía de la región, con una población con bajísimo nivel cultural, con una alta proporción de analfabetismo, ausencia casi total de tecnología moderna y con una alta tasa de crecimiento vegetativo, se basa principalmente en sus recursos petrolíferos pues, si exceptuamos al Media Luna Fértil, el resto del territorio es desértico.

Isaac Asimov, en *La Tierra de Canaan*, define a la Media Luna Fértil de la siguiente manera:

«Se extiende desde el golfo Pérsico hacia el Noroeste por los márgenes de los ríos hasta la frontera con Turquía, luego avanza hacia el Este a través de la Turquía Sudoriental y Siria Septentrional, para seguir después la línea costera mediterránea hacia el Sur, incluyendo no sólo la costa siria, sino también el Líbano, el norte de Israel y Jordania Occidental.»

De la importancia económica del petróleo en la economía mundial destacaremos, según estimaciones del Fondo de Investigación Económica y Social, que si el precio del barril se disparase a los 50 dólares, el crecimiento económico mundial sería cero, la inflación alcanzaría del 6 al 7%, el desempleo aumentaría a nivel internacional en 10.000.000 de parados. Los países más dependientes del petróleo, como Japón, Italia y España tendrían una tasa de crecimiento negativo.

Del denominado oro negro, los países de Oriente Medio alcanzaron, en 1989, la cuarta parte de la producción mundial; los principales productores fueron Arabia Saudí (270 millones de toneladas, la tercera a nivel mundial), Irán (144 millones de toneladas), Irak (140 millones de toneladas), Emiratos Árabes Unidos (97 millones de toneladas) y Kuwait (95 millones de toneladas).

La importancia de las reservas petrolíferas, el 65,7% del total mundial, en 1990, le concede un valor geopolítico que no está en relación con la escasa población de muchos de los países. Su distribución es la siguientes:

<u>Arabia</u>	<u>Irak</u>	<u>Irán</u>	<u>Emiratos Árabes Unidos</u>	<u>Kuwait</u>
25,3%	9,8%	9,2%	9,8%	9,4%

Por tanto, es una zona de la que depende una parte importantísima de la economía de los países industrializados. En el año 1989 Europa importaba 404 millones de toneladas, Estados Unidos 356 millones de toneladas y Japón 232 millones de toneladas. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) exportaba 1.000 millones de toneladas.

Los conflictos bélicos de la región, con la consiguiente carrera de armamentos y el fracaso de las economías socialistas, han impedido que los países productores de petróleo, como Irak e Irán, alcancen el nivel de desarrollo acorde con sus recursos naturales. La larga confrontación iraní-iraquí y el afán armamentista de Sadam Husein han dado lugar a que Irak tenga una deuda exterior de 80.000.000.000 de dólares y una inflación del 45%, y en Irán una deuda de 6.000.000.000 de dólares y una inflación del 20%.

En Siria, con una deuda externa de 7.000.000.000 de dólares (sin contar los 15.000.000.000 de dólares que se deben a la Unión Soviética en concepto de ayuda militar), comenzaron a explotarse yacimientos petrolíferos a principios del 1990, lo que unido a los dividendos de 2.000.000.000 de dólares obtenidos de la imprevisible guerra del Golfo, al levantamiento de sanciones económicas de la Comunidad Europea y a una liberalización del mercado, han disminuido la situación crítica que tenía su maltrecha economía.

La situación de Jordania, Líbano y el Yemen son preocupantes con inflación galopante y espectacular endeudamiento.

Por todo ello es necesaria una reconstrucción económica de la zona. La escasa operatividad que el mundo árabe ha demostrado para enfrentarse a los problemas económicos exige una cooperación del mundo occidental, a la que deben contribuir los países más ricos del área para reducir los desequilibrios existentes y, por tanto, proporcionar estabilidad en una región tan sensible para los intereses mundiales.

### Aspecto militar

Oriente Medio, que se caracteriza por su actividad belicista, se ha convertido en el área de mayor densidad de armamento del mundo. Las causas de la proliferación de armamentos han sido los continuos enfrentamientos bélicos entre vecinos, el permanente conflicto árabe-israelí, la utilización de las Fuerzas Armadas —como soporte de regímenes totalitarios y para amortiguar el paro de la juventud— y el afán hegemónico de los líderes de la región.

Cuantiosas sumas de dinero se han venido gastando, en los últimos años, en la adquisición de modernos sistemas de armas por prácticamente todos los países de la zona. En 1990 Arabia Saudí e Irak gastaron en defensa del orden de 14.000.000.000 de dólares, Irán 8.000.000.000 de dólares e Israel 6.000.000.000 de dólares.

Destacan de manera notoria el número absoluto de aviones de combate, carros y artillería. En el cuadro 1, en el que se comparan por millón de habitantes, refleja la enorme concentración de armamento en la región.

**Cuadro 1.— Armamento-población, por millón de habitantes.**

<i>Países</i>	<i>Carros de combate</i>	<i>Artillería</i>	<i>Aviación</i>
Siria	321,23	200,77	44,81
Jordania	369,71	81,70	33,99
Israel	964,68	314,96	147,81
Irán	9,04	16,26	1,30
Kuwait	117,56	43,19	16,79
Irak	291,84	196,33	36,56
Arabia Saudí	32,81	26,84	11,27

Al compararlas con España, que posee un número de 20 carros de combate, 32 piezas de artillería y unos seis aviones de combate por millón de habitantes, podemos apreciar que son superadas con creces por todos los países de la región, si exceptuamos a Irán.

Pero además, varios de los países de esta zona cuentan con potencialidad y tecnología para fabricar ingenios NBQ y de vectores para su lanzamiento, bien mediante misiles como los *Scud B*, la familia *Jericó* o el de origen chino CSS-2, o bien mediante cazabombarderos de doble uso, SU-24, F-16, *Tornado*, etc.

La situación dispersa de las armas nucleares tácticas de la ex Unión Soviética, en zonas limítrofes con el Oriente Medio, puede dar origen a un contrabando de estas armas nucleares con destino a países que aspiran a dotarse de un arsenal atómico, como pueden ser Irán, Irak o Siria.

Según la Agencia sobre Control de Armamentos y Desarme de Estados Unidos, Oriente Medio ha tenido el crecimiento más rápido a nivel mundial en sus Fuerzas Armadas durante la década de los años ochenta —un 5,3%—, y particularmente en los últimos años, cuando el crecimiento fue del 7,3%.

La clasificación entre los países de la zona está encabezado por Irak que, entre 1981 y 1988, compró en el exterior armamento por valor de 46.700.000.000 de dólares, siendo el país del Tercer Mundo con la mayor acumulación de armas modernas.

Urge iniciar, por una parte un proceso de reducción de fuerzas convencionales en Oriente Medio y de eliminación de los ingenios nucleares, químicos y biológicos existentes, así como la de sus misiles portadores. Por otra, es necesario establecer un instrumento de control de venta de armamentos y transferencia de tecnologías que impidan la producción de medios de destrucción en masa.

No es fácil el control de armamentos, pues choca con los intereses nacionales y particulares. Es de resaltar que sean los cinco miembros del Consejo de Seguridad de la ONU los mayores exportadores de armas, pero existen otras naciones no occidentales como Brasil y Corea del Norte que también son exportadores netos. Sería absurdo olvidar el efecto multiplicador que sobre la economía de cualquier nación tiene su industria de defensa; sólo el material exportado al Oriente Medio en los últimos años supera los 200.000.000 de dólares, de los cuales el 90% fueron suministrados por los cinco miembros del Consejo de Seguridad.

Israel es el único país de la zona con una industria militar propia, capaz de producir sistemas de armas de la más avanzada tecnología, por lo que el efecto de un control de ventas sólo lo sufrirían los países árabes.

Para establecer un equilibrio militar en Oriente Medio se precisa previamente garantizar que todas las naciones de la zona tengan unas fronteras seguras y aceptadas por todas ellas y crear medidas de confianza y seguridad entre todos los países de la región, pero posteriormente definir unos techos de fuerzas convencionales y eliminar los sistemas de destrucción en masa existentes, así como sus centros de producción. Sin el cumplimiento de estos requisitos será imposible que el Oriente Medio se convierta en una zona estable y segura.

### **Aspectos sociopolíticos y culturales**

Cualquier intento de globalizar, en un único análisis sociopolítico, una realidad tan compleja como el Oriente Medio conlleva graves riesgos, a pesar de tratarse de países que, en sí

mismos, tienen un importante número de elementos en común. Un pueblo, el árabe y una comunidad religiosa, el islam, se debaten en un mundo en el cual tienen cada vez más difícil encaje, tratando de encontrar una identidad que les permita con esperanza en el tercer milenio.

El triunfo en Centroeuropa de las doctrinas calvinista y luterana, con su dosis de pragmatismo y las consiguientes secuelas de eficacia, productividad y nacionalismo han dado lugar, tras 400 años de andadura, a la consolidación a la cabeza del mundo de un conjunto de países pujantes, cada vez más ricos, con un estilo e ideal de vida que no puede ni coexistir ni ser asimilado por el islam y que va dejando a los países coránicos más y más retrados en la clasificación de las naciones.

El pueblo musulmán de Oriente Medio, en su mayor parte, está sumido en la pobreza, en la ignorancia, en la miseria cultural y material, y ello agravado por una demografía explosiva, por unos recursos naturales en general escasos y en rápido agotamiento los más destacables.

Poblaciones enteras abranzan otras formas de estructura social distintas de las propias, en algunos casos arcaizantes y feudales, marcadas por la existencia de dos estratos absolutamente alejados entre sí, sin la necesaria y estabilizadora clase media.

La mujer, escalón tradicionalmente siguiente en importancia al camello, ha vuelto a asumir su papel tras un período de agitación.

El sentimiento de nacionalidad no ha cuajado todavía en masas que arrastran un subconsciente colectivo fraguado en el nomadismo, en la organización tribal y en un mundo en el que las fronteras no son políticas, sino religiosas.

Notas características son el subdesarrollo y la inestabilidad política y social, acentuadas por una estructura poblacional joven. Estas peculiaridades que influyen decisivamente en la educación, en el empleo y en el elevado ritmo de crecimiento de la población en edad escolar, que choca con los limitados recursos destinados a los sistemas educativos.

El número de niños sin escolarizar, así como el de jóvenes excluidos del sistema escolar, es muy elevado. Esta situación, cuya evolución al alza es previsible en países golpeados por una grave crisis económica, exige un gasto importante que difícilmente pueden afrontar.

Junto a esto destaca el papel esencial del islam como lazo de unión entre todos estos pueblos, pero al mismo tiempo como factor entorpecedor del desarrollo social y cultural, al conformar todas las manifestaciones de la vida. Ejemplo de ello es Arabia Saudí que, gracias al dinero del petróleo, se ha modernizado, pero se niega a aceptar la filosofía de la revolución tecnológica y la práctica democrática en un parlamento constituido en unas elecciones libres.

### *Nacionalismo y socialismo versus islamismo*

En este paisaje lleno de culturas, con un haz de religiones, ideologías, naciones y subnaciones con identidades diferentes, se enfrentan al sionismo judío y un mundo musulmán con dos corrientes antagónicas: una nacionalista, socialista y laizante; otra ultraconservadora y religiosa que se aferra a la bandera del islam.

La corriente nacionalista nasserista, que tuvo su mayor apogeo en la década de los años sesenta del presente siglo, cuyos principios ideológicos eran el panarabismo o nacionalismo árabe y el socialismo estatal, entró en clara bancarrota con el enorme desastre político y militar de la guerra de los Seis Días (1967). Prácticamente finalizó con la muerte de su líder carismático, en 1970. En Egipto actualmente está prohibido el partido nasseriano.

Los regímenes baasistas, socialistas y laicos de Siria e Irak han mantenido una vieja enemistad por presiones internas y externas tanto como por el afán hegemónico y expansionista de sus líderes. Siria, anteriormente apoyada por la Unión Soviética, está controlada por una minoría shíí alauita; su política interna se ha orientado a prevenir la oposición suní (tres cuartos de la población) y las aspiraciones de su primer mandatario se orientan hacia la «Gran Siria», que comprende territorios de las actuales Siria, Líbano, Jordania y Palestina.

Por su parte Irak, que anteriormente fue apoyada por los países occidentales para impedir la expansión islamista shíí iraní, está dominada por una minoritaria clase dirigente suní y su líder, Sadam Husein— que siempre se ha mostrado dispuesto a asumir el papel de líder en el mundo árabe—, tiene afanes expansionistas hacia el Golfo, por sus recursos petrolíferos y por buscar una salida al mar (Irak solamente tiene 58 kilómetros costeros).

Las rivalidades de estos dos países son las que han propiciado una relación más estrecha entre Egipto y Arabia Saudí en los últimos tiempos, preocupados de que los antagonismos de ambos regímenes no dominen ni dificulten las relaciones entre los países árabes.

Frente a estos nacionalismos socialistas ha surgido, con notable pujanza como tantas veces a lo largo de su historia, el islamismo, siendo Oriente Medio el foco que alimenta su expansión en un doble sentido: ideológico (Irán) y económico (países del Golfo).

El elemento que ha contribuido a este resurgir islámico es el fracaso de todas las experiencias políticas desde la independencia y el fracaso del modelo de desarrollo económico occidental, impuesto a la fuerza en algunas de estas sociedades, por ejemplo en Irán del sha y Egipto, que impulsó un éxodo rural hacia las grandes urbes, en las que no se ofrecía nada, y que fue caldo de cultivo para la aparición de mezquitas y *ulemas*, que practicaron una protección social a toda una masa desamparada que volvía a encontrar la religión como medio y guía de vida. Fracaso también de los regímenes socialistas que no han conseguido sacar del subdesarrollo a los países que lo adoptaron, con la consiguiente derrota en la Universidad de las teorías marxistas, imperantes en los años sesenta y setenta.

Por ello el discurso igualitarista-justiciero del islamismo, que defiende un modelo económico que integra los principios de generosidad, igualdad y solidaridad —más populista que viable—, ha encontrado un amplio seguimiento entre los jóvenes árabes, en especial en el ambiente universitario.

Este islam, que es tanto una religión como una civilización, se repliega sobre sus orígenes como protesta contra la ingerencia laicista, y materialista y modernista del mundo occidental, adoptando diversas manifestaciones unas pacíficas y otras violentas.

Estas manifestaciones políticas, religiosas y sociales que se están produciendo en el mundo musulmán las englobamos en el término islámismo, por considerar que los tres

modos de expresión utilizados para referirse al islam —fundamentalismo, integrismo y radicalismo— que pertenecen al lenguaje occidental, no definen exactamente al conjunto de los procesos que estamos observando en el orbe musulmán.

Así, los argelinos del Frente Islámico de Salvación (FIS) no se denominan ni «fundamentalistas» ni «integristas», se autocalifican como «islamistas».

Las chispas que encendieron el fuego de la reislamización se iniciaron en la revolución shií iraní, la segunda gran ideología naciente en el siglo XX, conducida por el ayatolá Jomeini.

El radicalismo iraní tiene, además de un componente religioso —la resacralización de la sociedad para purificar una doctrina contaminada por Occidente—, un componente político que preconiza la toma de poder con métodos revolucionarios por considerar que el islam cayó en manos de administradores indignos y que le corresponde la Comunidad de Creyentes (*umma*) destituirlos, por incumplir las obligaciones de la *charia*, es decir, la rígida interpretación de las tradiciones del profeta Mahoma y las enseñanzas teológicas y legales transmitidas.

En el islam suní no hay intermediarios entre Dios y los creyentes, por lo que el clericalismo sólo afecta a la secta shií. Apelan a la interpretación literal del Corán, pero son flexibles en la interpretación de la tradición. Es decir, la diferencia fundamental actual con los shiíes es en el plano político, ya que apelan al retorno a la entrega confiada a la voluntad del gobernante que exhibe su sujeción a la Ley (*charia*), mientras que la radical shií desemboca en una revolución contra los poderes establecidos.

En este dualismo suníes-shiíes, que está desembocando en una lucha por la hegemonía política, existen a su vez varias sectas. En la shiía los ismaelitas (alauitas sirios), los duodecimonos (Irán e Irak) y los zaidistas (Yemen). Entre los suníes están los wahabitas saudíes y los Hermanos Musulmanes de Egipto y Jordania.

Los wahabitas, que consiguieron la unificación del Nejd y el Hedjaz, han financiado largamente a las organizaciones islamistas tanto en los países árabes como en el mundo occidental, como reconoció Riad a raíz de que el FIS argelino exigió que la custodia de los Santos Lugares del islam fuera retirada de la dinastía de los saud y confiada a un consejo de *ulemas* (doctores de la ley) independientes.

Denominador común de los suníes y shiíes es que rechazan la moderna organización del Estado-Nación, porque aplica una legislación (elaborada por una minoría) que pretende ser impuesta a todos los individuos, mientras que en el derecho islámico el estatuto de los individuos depende de su adhesión confesional.

Siguiendo al profesor Gilles Keppel, la finalidad de estos procesos es la de islamizar la sociedad en los países musulmanes y propagar el islam por toda la humanidad hasta convertirla en *ummanidad* (comunidad de creyentes).

Para acabar con la *yahiliya* (ignorancia de Dios) es necesario romper con las costumbres del entorno social, construir un prototipo de la futura sociedad islámica y después iniciar la *yihad* (guerra santa).

Por tanto la *yihad* no es ni una cruzada, ni una reconquista territorial: es cultural.

Para conseguirlo existen dos corrientes, una (que favorece el activismo político, la presión sobre los Estados o la toma de poder en los mismos) para efectuar la reislamización desde arriba y otra pietista (que se está tomando en consideración desde mediados de los años ochenta) que dedica la mayoría de sus actividades a la resocialización de sus adeptos en la base. Este modelo puede ponerse en práctica, por tanto, en colectividades en las que no exista mayoría musulmana; el uso del velo por las niñas musulmanas en París se inscribe en este contexto. Esta reislamización desde abajo está siendo utilizada por Arabia Saudí para recuperar el papel que había perdido en la década de los años setenta.

### *Pluripartidismo político*

En esta zona, donde predominan los regímenes autocráticos, sólo existe un sistema democrático estable de estilo occidental, el israelí, que se enmarca en torno a dos grandes partidos políticos: el Likud y el Laborista.

El mundo musulmán, que no ha conocido ni revoluciones burguesas (como la francesa de 1789), ni industrial (como la inglesa), ni filosófica (como la alemana), se haya fragmentado en monarquías absolutistas feudales (petromonarquías del Golfo), repúblicas socialistas (Irak y Siria) o islámicas (Irán) y países con un sistema pluralista (Jordania, Líbano y Yemen).

La falta de legitimación política de las monarquías medievales, que fueron blanco de los intentos desestabilizadores nasserianos, puede provocar tensiones sociales que pondrían en peligro su estabilidad.

Pero existen dudas sobre si el binomio democratización y liberalismo económico, que tan bien ha funcionado en Occidente, puede ser una fórmula válida para una sociedad invertebrada y tribal, sin cultura política, en donde el Corán es la Constitución y se aplica el derecho consuetudinario a niveles locales. Al mismo tiempo, existe el riesgo de que la democracia pueda producir gobiernos con identidades afirmativamente islámicas.

Así, en las primeras elecciones legislativas celebradas en Jordania, en noviembre del 1989, los islamistas Hermanos Musulmanes, con lazos en el Hamrás de Cisjordania y Gaza, consiguieron 31 de los 80 escaños.

Estas elecciones fueron mal aceptadas por las monarquías petrolíferas, que temieron un contagio democrático, toda ayuda económica a Ammán y expulsaron a trabajadores jordanos.

El mismo hecho se ha producido en el Líbano, donde los shiíes, tradicionalmente apartados de la vida política, han emergido con el partido Hizbollá, de orientación proiraní, principalmente en el valle de Bekaa, frente a los candidatos prosirios y los cristianos maronitas.

En el Yemen, que no conoció la denominación colonial y que tras la reunificación se ha convertido en uno de los países más poblados del Golfo (lo que no deja de inquietar a Arabia Saudí), también se ha producido un alza del Partido del Pueblo para la Reforma (*al-islah*), que reúne a los Hermanos Musulmanes y a algunos hombres de negocios conservadores. Frente a ellos está el Partido Socialista del Yemen (PSV), antiguo partido marxista-leninista, dirigente del Yemen del Sur.

En los países que tienen cultura política más desarrollada (y que incluso adoptaron durante algunos años cierto pluralismo, como Siria e Irak), la participación política está muy restringida ya que, aunque existen algunos partidos políticos, tienen grandes dificultades para alcanzar el poder. En la práctica estos regímenes, que se definen como democráticos y socialistas, otorgan al presidente amplísimos poderes, actuando el partido Baaz como correa de transmisión de las decisiones del gobierno.

### *El afán de liderazgo regional*

Una de las claves que ilustra el plano diplomático en el Oriente Medio es la dialéctica de dos fuerzas distintas y contrarias a la vez: una es la aspiración a la unidad árabe y otra es la realidad de la fragmentación política.

La fragmentación política alcanza su máximo exponente con la confrontación entre dos mecanismos de poder: el nacionalismo socialista laico y el islamismo.

La aspiración a la unidad árabe choca con los afanes de liderazgo de los protagonistas de la escena política. En el mapa propiamente regional, los países árabes que tienen afán de alcanzar el liderazgo son el régimen wahabita saudí (por los inmensos recursos naturales y guarnecer los Santos Lugares del islam), Irak (por las intenciones hegemónicas de su primer mandatario y las apetencias territoriales hacia las ricas monarquías petrolíferas del Golfo), Siria (en función de sus aspiraciones a la «Gran Siria») y Egipto (por ser el más poblado del mundo árabe y poseer la más larga historia como Estado).

Arabia Saudí, el eterno proveedor de fondos de los países árabes más pobres de la zona, quiere jugar un papel más activo en el mundo árabe. Así, por su intervención diplomática en la crisis libanesa, propició a los Acuerdos de Taif y al mismo tiempo ha efectuado un acercamiento a Egipto, para oponerse a los afanes expansionistas de Sadam Husein que declaró a la casa real saudí (igual que anteriormente lo había hecho Irán) indigno custodio de los Santos Lugares.

Este nuevo papel que quiere asumir la familia real saudí se sigue con gran interés en Estados Unidos, pues probablemente se desea que Riad juegue el papel que anteriormente se adjudicó al sha de Irán: el de ser el «gendarme del Golfo».

Desde que Irak se constituyó en nación independiente, su política exterior se ha caracterizado por los vaivenes en su alineamiento, tanto dentro del mundo árabe como en el campo internacional.

Derrocada la Monarquía hachemita y proclamada la república, en el año 1958, su política ha pasado sucesivamente por las fases conservadora (en la década de los años cincuenta), nasserista (en los setenta), progresista (con el acercamiento a la Unión Soviética en los setenta), anticomunista (que se acentuó con la toma de poder por Sadam Husein, en los ochenta) y antioccidental en la época actual.

Con la caída del sha de la vecina Persia se desató en Husein la ambición de convertir a Irak en la potencia de la región, potencia cuya base de sustentación fue el rapidísimo desarrollo económico, motivado principalmente por sus enormes reservas de petróleo. Para lograrlo modernizó su Ejército (con ayuda de Occidente) e intentó convertirse en potencia nuclear (construyendo centrales nucleares en cooperación con Francia).

La ambición expansionista iraquí, inicialmente, se orientó hacia su vecino en teoría más débil, el Irán debilitado por las purgas en el Ejército (realizadas por el ayatolá Jomeini), y posteriormente hacia los países del Golfo (con la invasión de Kuwait).

Las causas inmediatas de la confrontación armada iraní-iraquí argüidas por Sadam fueron los llamamientos del imam iraní para que el pueblo iraquí terminase con el gobierno ateo del partido Baaz, la reivindicación de la soberanía iraquí sobre el curso completo del Chatt El-Arab y la excusa de la tiranía que sufría la zona árabe iraní del Juzestán, a la que Irak denomina Arabistán.

Irak fue apoyado por Occidente, la Unión Soviética y los países árabes (excepto Siria). El apoyo del mundo árabe se materializó en la profundidad estratégica y base logística que le proporcionó Jordania —al acoger en sus bases aéreas a la aviación iraquí y a la utilización del puerto de Akaba para el aprovisionamiento—, en la ayuda financiera de los países del Golfo y en la aportación de voluntarios que realizó Egipto.

Sin embargo, esta ayuda fue controlada porque eran muchos los interesados en que la guerra fuera larga, para provocar un debilitamiento de ambos contendientes: los regímenes monárquicos árabes tenían tanto que temer de la revolución islámica como de una triunfante revolución socialista; Estados Unidos no deseaba inclinar hacia la Unión Soviética a Irán y además, por su apoyo a Israel, estaban interesados en debilitar al enemigo potencial más temible en el bando árabe; en un Irak debilitado la Unión Soviética podría influir bien desde el interior o desde su vecina Siria.

La sangría de los ocho años de guerra ocasionó la ruina de Irak, con el consiguiente malestar en la artificial comunidad iraquí. Sadam Husein, sabedor de que en Oriente Medio la fuerza es el poder y donde el fracaso no se perdona, inició su loca aventura kuwaití con el triple objetivo de obtener recursos para absorber la deuda adquirida, para acallar el descontento en el interior y para seguir manteniendo la hegemonía en la región. Fue, por tanto, razón de régimen y razón de Estado.

Como afirmó Felipe González el intento de plantear una hegemonía territorial en una zona del mundo especialmente sensible, el riesgo de una subida de los precios del petróleo (con el gran daño que causaría a la economía mundial) y la violación manifiesta del Derecho Internacional, activaron la acción internacional con el bloqueo económico y las operaciones militares *Escudo del Desierto* y *Tormenta del Desierto*, además de la repulsa de la mayoría de los gobiernos árabes (excepto Jordania y Yemen) en el ámbito regional.

Ambos errores de cálculo han acentuado la disgregación de las tres comunidades iraquíes: la kurda en las montañas del Norte, la suní mayoritaria en la región de Bagdad y la shií predominante en las marismas del Sur. A la disgregación de Irak se oponen tanto Irán, por su comunidad kurda, como los países árabes, por la influencia que tendría sobre sus comunidades musulmanas un mini Estado shií árabe.

La situación caótica y a punto de estallar en la que se encuentra actualmente Irak hace prever que tardará años en asumir el sueño hegemónico en la zona de su primera mandatario.

Hafez El-Assad, desde su llegada al poder en Siria en 1970, ha tenido como objetivo maximizar su influencia regional, transformándose en un actor principal de la política en Oriente Medio. De ahí que siempre haya rechazado el eje natural y horizontal Bagdad-Damasco

—a pesar de tener ambos los mismos regímenes socialistas y laicos—, ya que su papel en este eje sería secundario.

La política exterior de Assad ha sido calificada por algunos círculos, a mi juicio erróneamente, de incoherente; si se le tuviera que aplicar un calificativo, éste podría ser el de oportunista. Se aprovechó de los conflictos internos en el Líbano para crear en este Estado una *Pax Syriana*; tras los acuerdos de Camp David propició la expulsión de Egipto de la Liga Árabe, asumiendo gran protagonismo en la Organización; ha apoyado un liderazgo opuesto a Arafat en el seno de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) para alcanzar la meta de la «Gran Siria». Una vez cesado el apoyo que recibía de la URSS se ha alineado con la coalición antiiraquí para remover de Bagdad a su tradicional antagonista y odiado rival Sadam Husein. Obligado a abandonar el objetivo ilusorio de alcanzar la paridad estratégica con Israel (por la superioridad tecnológica de ésta), ha adoptado una actitud moderada e iniciado un acercamiento a Arabia Saudí.

Este último cambio de actitud le ha reportado grandes beneficios, tanto políticos como económicos; las monarquías petrolíferas recompensaron a Damasco, después de la segunda guerra del Golfo, con 2.000.000.000 de dólares (principalmente de Arabia Saudí y Kuwait) y el aceptar la propuesta Baker (entablar negociaciones bilaterales con Israel), le puede reportar la recuperación de los Altos de Golán. Según el *Middle East Mirror e Intelligence Digest* actualmente existe un preacuerdo sirio-israelí sobre dichos Altos; el acuerdo se basaría en la total desmilitarización de los Altos del Golán y su división en tres franjas: la oriental y más cercana a Siria (que abarcaría un 40% de la meseta), sería transferida a Damasco; la zona intermedia (con una extensión del 20% del territorio, y donde se encuentran la mayoría de los asentamientos israelíes), también sería cedida, aunque controlada por una fuerza de interposición creada para supervisar el acuerdo y, finalmente, Siria cedería (por un espacio de 90 años) la franja más occidental.

Pero construir un poder regional con centro en Damasco no puede ser nunca real, supondrá una confrontación con las aspiraciones política y hegemónicas de Egipto.

El país que generó el arabismo nasseriano y en el que está el origen del islamismo político, Egipto, ha retomado su papel en Oriente Medio, tras diez años de exclusión de la Liga Árabe. A diferencia de los años cincuenta y sesenta, en que su liderazgo se fundamentaba en la intimidación política y en la superioridad militar, en los años noventa su posición en la cabeza de los países árabes se basa en su capacidad para arbitrar y mediar entre los países árabes y terceros.

Reconciliado con los sirios el raís ofreció su buen hacer para lograr la aproximación de Siria a la OLP. Durante la visita a Moscú, Mubarak se puso en vanguardia de la campaña árabe contra el establecimiento de judíos soviéticos en los territorios ocupados por Israel y durante la crisis de Golfo encabezó los doce Estados árabes que votaron el envío de fuerzas a Arabia Saudí, que le proporcionó 8.000.000.000 de dólares de las petromonarquías, así como la anulación de la deuda de 7.100.000.000 de dólares en créditos militares norteamericanos y otros tantos del CCG.

La acción hegemónica de Egipto en la región cuenta con el inconveniente de ser un país excéntrico en la zona, necesita, por tanto, tener un punto de apoyo regional. El eje vertical El Cairo-Damasco, fórmula ensayada por Nasser, provocó el rechazo de zonas periféricas

y el enfrentamiento con Arabia Saudí e Irak. El eje Egipto-Irak, que se ensayó en 1989 en la creación del Consejo de Cooperación Árabe (CCA) —del que además formaban parte Jordania y el Yemen—, ha quedado destrozado con la invasión de Kuwait. El tercer eje El Cairo-Riad, que al parecer se está intentando actualmente, es antinatural por la diferencia de regímenes políticos de ambos países y es previsible que provoque el rechazo de Siria e Irak.

En este *puzzle* árabe de lucha hegemónica en la región se inscriben, a su vez, el régimen islamista shií de Irán y el sionista de Israel.

Stalin dijo:

«Todo cuanto sucede en Irán nos interesa sobremanera, incluso cuando alguien enciende una cerilla».

Con el ayatolá Jomeini era una fuente potencial de riesgos —por su intensa actividad política y religiosa en las repúblicas musulmanas de la CEI, por su influencia en las minorías shiíes de los Estados del Golfo e Irak y por el apoyo militar a los extremistas libaneses—; con el presidente Raffanyani ha adoptado una postura más moderada, iniciando una *realpolitik* con su apertura hacia Occidente, pidiendo préstamos al extranjero —a pesar de las violentas protestas del Parlamento— e incluso hacia los países árabes conservadores.

La moderación del primer mandatario iraní, en contra de los radicales (que con ocasión de la segunda guerra del Golfo volvieron a relanzar su antiimperialismo, aunque sus manifestaciones resultaron un fracaso), le ha proporcionado a Irán la vuelta al escenario político, en el que puede actuar como un factor estabilizador pero nunca hegemónico, a pesar de ser el país más poblado y con un potencial de recursos económicos nada despreciable, en una zona mayoritariamente árabe.

Descartando, por motivos obvios, a Israel como potencia hegemónica regional, surge la duda de si la máxima de Mahan (si en el mar Mediterráneo no existe un poder hegemónico será fuente de conflictos), será aplicable al Oriente Medio.

El mapa político que se contempla no permite la posibilidad de un actor hegemónico, sino de un equilibrio que debe basarse en la pluralidad, en la multipolaridad y en los actores colectivos, aceptando la realidad de los Estados en función de la necesidad de seguridad estratégica. La estabilidad no se alcanzará con un poder hegemónico, sino que debe fundamentarse en Estados pivotes con distinto grado de participación.

#### *Mosaico étnico*

Oriente Medio, con una población de unos 150.000.000 de habitantes, constituye una encrucijada étnica y lingüística que es la causa primordial de la inestabilidad de la zona.

La fragmentación de la sociedad es tal que en Irán (con una población de 50.000.000 de habitantes) el 45% son persas, el 20% turcos, el 12% kurdos y el 5% árabes. Y en Irak (con más de 16.000.000 de habitantes) los árabes alcanzan el 75% y los kurdos el 20%.

Al mismo tiempo, durante los últimos años en los países productores de petróleo se ha producido una fuerte corriente inmigratoria procedente de países asiáticos no árabes (paquistaníes, indios, tailandeses, filipinos, surcoreanos, srilanqueses, etc.), llegando a constituir

en los Emiratos Árabes Unidos población mayoritaria y en Arabia Saudí el 10% de su población, y aunque de momento, no constituyen una amenaza para su estabilidad sí lo es para su identidad cultural.

Esta diversidad racial es la que ha provocado el problema del pueblo kurdo, la inestabilidad en el Líbano y el enfrentamiento árabe-israelí.

#### EL PROBLEMA KURDO

Los kurdos pueblan, desde hace aproximadamente 7.000 años, una zona en la que confluyen las culturas turca, soviética y árabe, de gran valor estratégico por sus recursos naturales y económicos. Los campos kurdos están considerados como un auténtico granero para Oriente Medio; en sus montañas nacen las principales corrientes fluviales de esta región (los míticos Trigris y Eúfrates), donde el valor del agua es sólo comparable con el del petróleo. Prácticamente todo el petróleo que extraen Turquía y Siria proviene del Kurdistán; Irán e Irak obtienen también sustanciosas cantidades del mismo de las tierras kurdas.

Aunque la primera fragmentación del Kurdistán se concretó en 1693 (al pactar el sha de Persia y el sultán otomano las fronteras que ponían fin a su lucha por el control estratégico de las montañas Zagros), han sido las turbulencias políticas del siglo XX las que han hecho del pueblo kurdo «un pueblo sin Estado», tras la derrota en la Primera Guerra Mundial del germanófilo Imperio Otomano.

El Tratado de Sevres, firmado el 10 de agosto de 1920, había previsto la creación de un Kurdistán autónomo; jamás se llevó a cabo. Con la fijación de fronteras de Turquía por el Tratado de Lausanne en 1923, y por el acuerdo secreto anglo-francés, conocido como Sykes-Picot, tanto Turquía como los dos países occidentales olvidaron el prometido derecho de autodeterminación.

Así, el territorio kurdo ha quedado fragmentado en el Kurdistán Norte (que agrupa el tercio sureste del Estado turco, con 220.000 kilómetros cuadrados y 15.000.000 de habitantes, es decir el 20% de la población de Turquía, y el norte de Siria con 19.000 kilómetros cuadrados y 1.000.000 de habitantes (el 9% de la población siria); el Kurdistán Sur (que ocupa las ricas regiones petrolíferas de Mosul y Kirkuk del norte de Irak, con unos 5.000.000 de habitantes) y el Kurdistán Este (que se extiende por el noroeste de Irán con 125.000 kilómetros cuadrados y 7.000.000 de habitantes). También hay que contar los 400.000 kurdos que viven en la CEI y la diáspora kurda en el Líbano.

Enfrentados a los emergentes nacionalismos centralistas de unos Estados jóvenes, los kurdos tuvieron que recurrir a menudo a la lucha armada. En Turquía, Irak e Irán, en las décadas de los años veinte y treinta, se llevaron a cabo una serie de revueltas que serían duramente reprimidas.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial los soviéticos, que junto con los británicos habían ocupado Irán, prometen apoyar la autonomía para los kurdos iraníes. Así surge la efímera *República kurda de Mahabad* (sólo duró un año, de diciembre 1945 a diciembre 1946), pero el compromiso de soviéticos y británicos, en favor de la integridad territorial de Irán, propició la derrota de los kurdos iraníes por las tropas del repuesto sha Reza Palevi.

En las décadas de los años sesenta a los ochenta el Kurdistan iraquí, bajo el carismático liderazgo de Mustafá Barzani, se convirtió en el centro de gravedad del movimiento independentista. Irán lo utilizó para desestabilizar el régimen baasista iraquí, apoyo que cesó tras el Acuerdo de Argel de 1975, entre el sha de Persia y el primer mandatario de Irak, por el que, a cambio de territorios en la zona del Chatt El-Arab y el Juzestán, Irán se comprometía a no apoyar a los kurdos iraquíes. La represión iraquí, que deportó a miles de kurdos, reavivó la llama de la rebelión, que fue sofocada violentamente incluso con la utilización de armas químicas. En Halabja estas armas provocaron, en el año 1988, más de 5.000 muertos y 25.000 heridos.

Otro foco de lucha guerrillera y acciones terroristas se mantiene en Turquía, donde el estado de excepción se aplica desde 1973. Estas acciones son polarizadas por el Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), marxista-leninista, apoyado por el presidente sirio Hafez El-Assad.

La represión militar turca es tal que, en 1992, fallecieron 2.000 guerrilleros del PKK, 600 civiles y 400 miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Esta situación de insurrección, a caballo entre las fronteras turca e iraquí, provocó un acuerdo entre ambos países que permite a sus Ejércitos entrar en el territorio del otro para acabar con las organizaciones guerrilleras.

Las imágenes de televisión (tras la derrota del Ejército iraquí por la coalición occidental-musulmana y consecuente guerra civil desatada en Irak) nos mostraron el éxodo masivo y patético de los kurdos hacia Irán y Turquía, movilizándolo a la opinión pública mundial.

Pero los gobiernos occidentales deben actuar con mucha cautela para abordar el problema del pueblo kurdo; un Kurdistan independiente comportaría el riesgo de que en otras zonas se reclamara también un rectificado de fronteras, sería un ejemplo más de como se puede utilizar el terrorismo para alcanzar objetivos políticos y conllevaría grandes pérdidas económicas para los países implicados. Por ello, la solución apunta a celebrar una Conferencia de Paz que tenga como objetivos: crear regiones autónomas dentro de los actuales Estados, que se respeten los derechos humanos y la identidad cultural del pueblo kurdo (o parafraseando al primer mandatario turco, tras la Primera Guerra Mundial, Mustafá Kemal *Ataürk*, «Turquía será un Estado binacional, con un Parlamento binacional»

#### EL COMPLEJO POLVORÍN DEL LÍBANO

Las comunidades libanesas, constituidas por cristianos maronitas (asentados principalmente en Monte Líbano), árabes suníes y shiíes (en el norte y sur del país respectivamente) y una minoría drusa habían configurado su entidad política mediante la conjunción de la identidad cristiana maronita y la árabe suní.

El debilitamiento de los lazos de unión entre ambas concepciones marcó el inicio de la primera guerra civil libanesa, de los años 1956 y 1958, finalizando con la intervención de los marines norteamericanos.

La violenta agitación social y política que se vivió en los años setenta fue producto del incremento de las concentraciones extremistas de la OLP en el sur del Líbano, tras el «sep-

tiembre negro» jordano, que provocó la crisis jordana de 1970 y 1971, originadora de la expulsión de esta Organización de Jordania.

La existencia de un mini Estado dentro de otro Estado, hecho que se produjo en Jordania, volvió a repetirse en el Líbano y fue uno de los detonantes de la guerra civil libanesa de 1975 y 1976. Esta guerra civil, polarizada entre el Frente Libanés y los izquierdistas libaneses —que agrupaban a partidos socialistas, comunistas, boatistas y nasseristas, y a la OLP—, proporcionó a Siria la oportunidad de intervenir en la crisis utilizando alternativamente a ambos bandos.

En los comienzos de 1976 Siria invadía el Líbano bajo el disfraz de «Ejército de Liberación Palestino» para frenar el avance maronita. Damasco propuso un plan de paz que ofrecía una redistribución moderada del poder a favor de los musulmanes, junto con el alejamiento palestino de los asuntos libaneses. El rechazo del plan por la facción izquierdista libanesa supuso que Siria desviase su apoyo hacia los maronitas, y comenzó una gradual intervención para pacificar a estas fuerzas izquierdistas y a la OLP.

Para Hafez El-Assad era vital mantener un Estado «tapón» en su enfrentamiento con Israel (evitando la partición del Líbano) y un sistema político controlable (impidiendo la aparición de problemas palestinos).

La Cumbre Árabe de Riad de 1976 reaccionó y creó una Fuerza Multinacional Árabe de Disuasión (FAD) para separar a los combatientes de la guerra civil y supervisar la retirada de las distintas milicias a las posiciones de 1975. Sin embargo, y tras la retirada de los otros países de la coalición, se legitimó la posición siria en el país.

El Acuerdo de Shturah —julio de 1977— entre Siria, la OLP y el Gobierno libanés estableció que la OLP respetaría la soberanía libanesa, que se mantendría al margen de su política interna, que dispondría de fuerzas militares en áreas restringidas del Sur y que el Ejército libanés se trasladaría hacia el Sur para controlar el área del comandante Haddad, el oficial libanés que había creado su propia milicia e iniciado, con ayuda de Israel operaciones contra los palestinos del Sur.

Este acuerdo significó la ruptura definitiva entre sirios y cristianos maronistas, por lo que se realinearon con Israel.

La importancia siria para controlar a los palestinos y el incremento de la actividad terrorista alcanzaron su climax cuando una incursión de miembros de la OLP capturó un autobús en la carretera de Tel Aviv y Haifa, y asesinó a 35 personas, desencadenando la operación israelí conocida como *Operación Litani* (1978), que en siete días alcanzó el citado río y expulsó a la Organización del sur del Líbano. Por la resolución 422 de la ONU en Líbano (UNIFIL). Siria y la OLP discreparon sobre el área controlada por la UNIFIL, que dejó la zona fronteriza del Sur, bajo el control de Haddad, como colchón de seguridad entre los guerrilleros palestinos y la región israelí de Galilea.

La confrontación armada entre las Fuerzas Libanesas de la Falange Cristiana y los sirios, además del hecho de que los palestinos se estaban transformando en un ejército semirregular, provocaron que Israel emprendiera la operación *Paz para Galilea* (1982), tras atacar a las doce baterías de misiles SAM-6 que los sirios tenían desplegadas en el valle libanés de la Bekaa.

Oficialmente, la operación estaba encaminada a establecer una zona-colchón entre los guerrilleros palestinos y la región de Galilea, pero su objetivo estratégico-político tenía más alcance: se trataba de destruir la amenaza que la potencia militar de la OLP proyectaba sobre el Estado de Israel y conseguir un nuevo Estado libanés de marcado signo pro-israelí.

Aunque la ofensiva israelí llegó hasta 20 kilómetros de Damasco y sometió a Beirut a un asedio, las fuerzas israelíes se retiraron con el Tratado israelí-libanés de 1983, a excepción de una franja de seguridad.

En resumen, podemos afirmar que al iniciarse los años noventa existían hasta seis ejércitos en el Líbano: el libanés regular, las milicias cristianas (a su vez divididas entre las fuerzas del general Michel Aoun y las de Samir Geagea, enfrentadas entre sí), las fuerzas del comandante Haddad, el Ejército sirio (el más numeroso y potente con 30.000 soldados), las fuerzas militares de la OLP y las de Israel.

En el plano político era evidente la existencia de dos gobiernos en el país: uno liderado por el cristiano maronita Michel Aoun, apoyado y abastecido por Irak, y el otro por Selim Al-Hoss, un musulmán suní apoyado por Siria. Esta fragmentación política podría dar nuevos ímpetus al grupo Hizbollá, cuyo objetivo es crear un Estado musulmán islámico, objetivo que no interesaba ni a sirios, ni a iraquíes, ni a otros países árabes de la zona.

El Comité de la Liga de los Países Árabes para el Líbano solicitó un inmediato cese del fuego y, tras negarse Siria a la propuesta iraquí de sustituir las fuerzas sirias en el Líbano por fuerzas de la Liga Árabe, el Comité se disolvió.

El colapso incitó a la Liga a la creación de un comité más poderoso, compuesto por el rey Hassan de Marruecos, el presidente argelino Chadlí Benjedid y el rey Saudí Fahd. El plan de la Liga Árabe, en el que se contemplaba la retirada parcial de las fuerzas sirias hacia el valle de la Bekaa en un plazo de dos años —aunque manteniendo cierta influencia en las reformas políticas del Líbano—, fue aceptado por Siria, que se sentía cada vez más aislada en el mundo árabe y presionada por las finanzas saudíes.

Los 62 miembros supervivientes (de los 99 elegidos en el año 1972) del Parlamento libanés se reunieron en Taif (Arabia Saudí) y elaboraron el llamado Pacto o Acuerdo de Taif, por el que se realizaba el traspaso del poder Ejecutivo a un consejo nacional presidido por un cristiano, y con un primer ministro musulmán suní, con igual número de ministros cristianos y musulmanes. Asimismo, el poder Legislativo lo ostentaría un parlamento al 50% de ambas comunidades, presidido por un shíí.

El Pacto fue rechazado por el general Aoun y criticado por el líder druso progresista Jumblatt (que lo calificó de clara rendición frente a la presión cristiana), el líder shíí Najib Berri y el Hizbollá (por no asemejarse a la idea de un Estado musulmán a lo iraní).

Tras la derrota de la confrontación armada, continuada por el general Aoun, se oficializó la tutela siria en el Líbano, por el acuerdo del 21 de mayo de 1991 entre el primer mandatario sirio y el presidente libanés Elias Hrani, aunque los diputados falangistas se abstuvieron en la votación parlamentaria.

## EL TERRORISMO EN ORIENTE MEDIO

El terrorismo, uno de los conceptos claves en el estudio de la política internacional actual, ha estado estrechamente vinculado, desde finales de la década de los años sesenta, al Oriente Medio, nutriéndose de la frustración y la falta de soluciones políticas a los problemas planteados.

Tras la derrota de la potencia militar árabe por el Ejército israelí en 1967 los militantes palestinos decidieron que la única arma que les quedaba para combatir el sionismo era la lucha de guerrillas y el terrorismo. Las acciones se desencadenaron utilizando como base de apoyo el sur del Líbano, causa de las sucesivas incursiones israelíes en este país para aplastar las facciones terroristas y establecer una zona de seguridad.

Estos grupos radicales palestinos (como el de Abu Nidal) fueron patrocinados por Sadam Husein hasta 1983; les proporcionó cuarteles generales, instalaciones de entrentamiento, armas y apoyo financiero. Posteriormente han contado con el apoyo de Siria y Libia.

Asimismo, también dentro de los islamistas existen facciones que utilizan como arma política el terrorismo. El presidente Reagan se vio prácticamente obligado a alterar su política en el Líbano y a hacer que se pusiera fin al despliegue de la Fuerza Pacificadora Multinacional, después de la masacre de 241 *marines* por atentado con coche bomba llevado a cabo por el Hizbollá.

Con la renuncia de Arafat al empleo del terrorismo, en diciembre de 1988 por la Declaración de Ginebra, surgieron graves disensiones en el seno de la OLP; algunas facciones fueron inexorablemente contrarias a la estrategia de Arafat de buscar una solución política y diplomática al conflicto árabe-israelí y preconizan el empleo de acciones violentas.

No obstante, y aunque con ocasión de la invasión a Kuwait por los Ejércitos iraquíes se proclamaron acciones terroristas, la actividad parece decrecer debido, entre otras causas, al alejamiento del apoyo de Libia al *Grupo ANO* (Abu Nidal) y a la práctica desaparición del FPLP-GC con base en Siria.

## EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

El conflicto árabe-israelí, con más propiedad denominado también palestino-israelí —contando con la intervención de otros países árabes en apoyo del pueblo palestino— tiene sus orígenes concretos en una serie de circunstancias sobrevenidas a lo largo de la historia.

El pueblo judío, que vivía disperso hasta la constitución del Estado de Israel en 1948, siempre se caracterizó por su deseo de integración. Los progresos sociales que van logrando en los diversos países que habitan crean recelos que desembocan en un fuerte sentimiento antisemita en toda Europa Central y la Rusia de los zares, durante la década de los años setenta del siglo XIX.

Como respuesta a esta situación nace el movimiento sionista fundado por Teodoro Hertzl, quien en 1896 publica su libro *El Estado judío*. En él preconiza la creación del mismo en Argentina (donde hay grandes extensiones sin habitar) o en Palestina (en la Tierra Prometida de la Biblia). Al año siguiente (1897) el Primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea, opta ya por la candidatura de Palestina.

A finales del siglo XIX, mientras la parte europea del Imperio Otomano ya había logrado la independencia, Palestina sigue siendo una de sus provincias.

En 1898 el Segundo Congreso Sionista crea un Fondo Colonial encargado de la compra legal de tierras en esta provincia otomana; el Gobierno turco accede y empiezan los grandes movimientos migratorios de judíos de todo el mundo hacia Palestina.

El resultado de la Primera Guerra Mundial será decisivo para el nacimiento de Israel. El Imperio Otomano se alía con Australia y Alemania; Gran Bretaña promete entonces a la población árabe de la parte asiática del Imperio (donde ha surgido un gran movimiento nacionalista) que si se subleva contra las autoridades turcas, cuando terminara la guerra, ellos garantizarán en esa zona la creación de un reino independiente.

El doble juego británico con árabes y judíos se hace patente en 1917, cuando el sucesor de Hertzl, Weizmann, llega a un acuerdo con Arthur James Balfour, secretario del Foreign Office. Ambos acuerdan el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina, la misma tierra que prometieron antes a los árabes.

Terminada la guerra con el triunfo de Francia, Rusia y Gran Bretaña, los árabes de la parte asiática del Imperio Otomano, ateniéndose a lo pactado, proclaman rey a Faisal. Delegaciones judías y árabes presentan pruebas documentales para reclamar lo que se les había prometido y, tras una serie de estudios sobre el terreno y el nombramiento de comisiones especiales, los mandatarios deciden que sea la Sociedad de Naciones quien solucione el problema.

Finalmente se adoptó la fórmula del régimen de mandato; las potencias administrarán los territorios en nombre de la Sociedad de Naciones hasta que puedan acceder a su independencia. Así, Palestina, Transjordania e Irak quedaron bajo mandato británico, mientras Siria y Líbano fueron adjudicados a Francia.

*Los británicos fueron incapaces de impedir los enfrentamientos constantes entre árabes y judíos en Palestina; en 1936 estalla una revuelta que dura hasta el año 1939, considerada por algunos historiadores como la primera guerra árabe-israelí. Los árabes acusan constantemente al Gobierno del Reino Unido de favorecer a los judíos. Ante tal situación, Gran Bretaña propone la división de Palestina en tres territorios; uno con un gobierno hebreo, el segundo con un gobierno árabe-palestino y el tercero bajo control británico. Los árabes-palestinos rechazaron inmediatamente el plan.*

La sensibilización internacional hacia los judíos al terminar la Segunda Guerra Mundial tendrá importantes consecuencias. En mayo del año 1945 la Agencia Judía pide la constitución de un Estado hebreo independiente. Naciones Unidas, organismo sucesor de la Sociedad de Naciones, a petición del Gobierno británico, crea una comisión especial para la solución rápida del problema. En 1947 se hace público un informe con las siguientes conclusiones:

1. División de Palestina en dos Estados: uno judío y otro árabe.
2. Jerusalén se someterá a la tutela internacional.
3. Se aconseja la firma de un tratado de unión económica entre árabes y judíos. Ambos Estados deberán respetar los derechos de las minorías árabes y judías.

La Asamblea General aprueba las conclusiones, se recogen en la resolución 181 y los árabes la rechazan mientras que los judíos la aceptan.

El 15 de agosto de 1948, día en que finaliza el mandato británico, David Ben Gurion anuncia al mundo la creación del nuevo Estado.

Los Ejércitos de Egipto, Siria, Jordania, Líbano e Irak no tardan en atacar a Israel, iniciando una intensa historia de guerras que permitirán a los judíos ir ampliando gradualmente su territorio:

- 1956: crisis de Suez. La única guerra en la que Israel no extiende su espacio geográfico.
- 1967: guerra de los Seis Días. Iniciada por Israel, arrebató a Egipto el Sinaí y la franja de Gaza, a Siria los Altos del Golán y a Jordania la parte árabe de Jerusalén y Cisjordania. La ONU aprueba la resolución 242.
- 1973: guerra del Yom Kipur. Israel no cumple la resolución 242, Siria y Egipto atacan para recuperar los territorios cedidos en el año 1967, sin éxito.
- Guerra de 1982: el enemigo es la OLP. El Ejército israelí entra en el Líbano (donde está la sede de la OLP) y al terminar la guerra se quedan en la zona del Sur, estableciendo la franja de seguridad.

Aunque el descontento palestino se manifiesta desde el nacimiento de Israel, no será hasta el año 1964 cuando se cree la OLP por y para la independencia de Palestina y la desaparición del Estado hebreo. Estos objetivos se recogen en la Carta Programática redactada ese mismo año y reformada en 1968. Ahmed Chukeiry fue el primer máximo dirigente.

En la década de los años setenta la actividad terrorista va en aumento y Siria no es capaz de hacerse con el control; la sede de la OLP fue expulsada de Jordania, más tarde del Líbano y en 1982 se instaló definitivamente en Túnez, donde aún permanece.

Esta Organización está compuesta por 16 partidos diferentes que funcionan, según su líder Yaser Arafat, democráticamente. En estos momentos, según opinan los observadores, la OLP tiene sus días contados. El 31 de agosto de 1993 el consejero político de Arafat, Basam Abu Charif, afirmó que:

«La OLP camina hacia su disolución para formar un gobierno provisional que edifique el Estado palestino. Ésta es su evolución lógica, ya que no es un fin en sí misma.»

Mientras duran las guerras entre israelíes y palestinos se proponen varios planes de paz que nunca prosperan. En septiembre de 1982 la Liga Árabe propone el llamado Plan de Fez, que supone el primer paso dado por los árabes para el reconocimiento del Estado de Israel. Este Plan solicitaba la retirada israelí de los territorios ocupados y la creación de un Estado palestino independiente en Gaza y Cisjordania. En este mismo mes de septiembre de 1982, el presidente norteamericano Ronald Reagan propone un nuevo plan: Israel debe retirarse de los territorios ocupados y propone la creación de una confederación jordano-palestina.

Ninguno de los dos planes prospera porque Israel no admite el paso previo en ambos; la retirada de todos los territorios ocupados.

De nuevo será la Administración norteamericana la que propone un plan de paz: será en 1988 cuando nace el Plan Baker. Se propone en él la autonomía política de Cisjordania y

Gaza, como paso previo para la independencia. Habría elecciones libres, pero el Ejército israelí continuaría en los territorios ocupados para ir desapareciendo gradualmente. Los árabes consideraron una burla la posibilidad de celebrar unos comicios en una zona ocupada militarmente por sus enemigos.

En 1989 nace la fórmula de la paz por territorio: todos los países árabes reconocerían la legitimidad del Estado de Israel que, a cambio, devolvería los territorios conseguidos en la guerra de los Seis Días y el sur del Líbano.

En 1991 estalla la crisis del golfo Pérsico tras la invasión iraquí de Kuwait. Estados Unidos defiende la intervención militar, pues se ha violado el Derecho Internacional. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas legitima el uso de la fuerza y Sadam Husein reclama el mismo rigor que exige a Irak para la cuestión judeo-palestina. De esta manera el Gobierno norteamericano se compromete a convocar una conferencia de paz después de solucionar el problema de Kuwait.

Para solucionar todos los problemas del mundo árabe, el 29 de octubre de 1991 se inicia en Madrid una nueva era en las relaciones entre árabes e israelíes. La primera fase de las negociaciones se dedicó a los discursos oficiales y exposición de las diversas posturas. Hecho esto, las distintas delegaciones se trasladaron a Washington para continuar con las negociaciones bilaterales entre Israel y cada país árabe.

El texto firmado en Washington de 13 de septiembre de 1993 y en vigor desde el 13 de octubre, prevé la firma de un protocolo para la retirada de las tropas israelíes de la franja de Gaza y de un área en torno a la ciudad de Jericó en la Cisjordania ocupada. El repliegue, que se debía haber completado en dos meses, tenía que realizarse conforme a las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, emitidas tras la guerra de los Seis Días en 1967 y del Yom Kipur en 1973, respectivamente. A partir del momento en que se complete la retirada, la seguridad interior de los enclaves correrá a cargo de un cuerpo de policía formado por combatientes de la OLP. Las competencias del Ejército hebreo se reducirán a la vigilancia de fronteras y la protección de los colonos judíos, que gozarán de una especie de estatuto de extraterritorialidad y no tendrán que responder ante la Administración palestina.

La retirada irá acompañada por la creación de un Consejo Palestino con amplios poderes en Gaza y Jericó. En el resto de Cisjordania controlará los impuestos, los servicios sociales y la educación, así como otras competencias económicas. Aunque sin un plazo concreto, está prevista la ampliación de sus competencias en este territorio.

La autoridad palestina, en un principio nombrada por la OLP, será elegida en el plazo de nueve meses por los palestinos residentes en los territorios ocupados, incluido Jerusalén Este. Un acuerdo previo fijará su estructura y los límites de sus poderes Ejecutivos, Legislativos y Judiciales.

Paralelamente, se creará un Comité Conjunto con el fin de resolver las diferencias administrativas entre las partes y otro organismo de cooperación económica para canalizar las inversiones hacia Gaza y Jericó. Entretanto, las fuerzas israelíes trasladarán a las zonas rurales los acuartelamientos que conserven en los territorios ocupados, tras la retirada de Gaza y Jericó.

Toda esta estructura tendrá una permanencia máxima de cinco años. Para entonces, se espera haber alcanzado un acuerdo sobre el estatuto permanente de los territorios ocupados. Con este fin, el documento de Washington prevé la apertura de negociaciones para resolver definitivamente el contencioso israelí-palestino y, en un plazo máximo de tres años a partir de la apertura del proceso de autonomía, alcanzar ese estatuto final definitivo.

El texto de Washington es producto de concesiones mutuas entre los dos firmantes. La OLP ha admitido el principio de autonomía que hasta hace muy poco rechazaba de plano y ha reconocido el derecho a existir del Estado judío. Israel, por su parte, ha aceptado hablar directamente con su archienemigo Arafat, la creación de un policía formada por los mismos hombres a los que bombardeaba hasta anteayer y que los palestinos de Jerusalén voten en las elecciones del Consejo Palestino.

### *EVOLUCIÓN DEL PROCESO*

El desarrollo de las negociaciones ha estado presidido por la reticencia de ambas partes, presionadas por sus propios movimientos de opinión pública tanto en el seno de la OLP como en el interior del Estado de Israel.

Las negociaciones para la consecución de un acuerdo se iniciaron y se interrumpieron en sucesivas ocasiones en la ciudad egipcia de Taba debido a la intransigencia israelí y a su falta de voluntad para retirar los efectivos militares de Gaza y Jericó antes del 13 de diciembre. Los israelíes proponían no una retirada de sus tropas sino un redespiegue de las mismas alegando la seguridad de sus colonos.

Tras la ruptura de estas conversaciones en Taba el 2 de noviembre, continuaron las mismas en secreto en El Cairo a partir del 15 de noviembre sobre los siguientes temas:

- Despliegue policial: para lograr el despliegue de 5.000 policías palestinos en Gaza y 1.000 en Jericó desde el 13 de diciembre hasta el 13 de abril de 1994 (los 22 primeros policías se graduaron en El Cairo el 22 de noviembre).
- Seguridad en la zona.
- Área que ocupa Jericó.
- Liberación de 12.000 palestinos de las cárceles israelíes.

La muerte a manos del Ejército judío, el 24 de noviembre, de Iman Akel, comandante del brazo armado del grupo integrista Hamas, crispó el ambiente en los territorios ocupados retrotrayéndole a los primeros días de la Intifada con un recrudecimiento de la lucha entre las milicias fanáticas del fundamentalismo islámico y la policía judía.

Unas declaraciones poco afortunadas de Isaac Rabin en las que consideraba la fecha del 13 de diciembre como «meramente indicativa» hacen que llegue el final del mes de noviembre con la práctica paralización del proceso negociador, a pesar de que determinados miembros del Gobierno israelí se apresuraron a declarar que Israel estaba dispuesta a respetar los plazos contenidos en la Declaración de Principios, y con una violencia creciente en la que llega a estar involucrado el grupo *Halcones de al Fatah*, brazo armado de la organización liderada por Yaser Arafat.

Se inicia el mes de diciembre con las negociaciones paralizadas por el nuevo tema del control de los pasos fronterizos de Jericó con Jordania y de Gaza con Egipto que los israelíes

se niegan a ceder. En este estado de cosas el secretario de Estado norteamericano, Warren Christopher, realiza una gira en la que se entrevista el día 4 de diciembre con las autoridades judías, el día 5 con el líder sirio Hafez El-Asad y el día 6 con Yaser Arafat en Amman. Christopher pretende con esta ronda de visitas limar las asperezas existentes entre israelíes y palestinos, por un lado, y encontrar, por otro, una fórmula satisfactoria para que Siria, Líbano y Jordania se incorporen definitivamente al carro de la paz.

Según avanzan los días la postura israelí es dar cada vez menos importancia a la fecha del 13 de diciembre, que es la fecha en que debe iniciarse su retirada militar, mientras se multiplican las declaraciones de los portavoces palestinos en el sentido de que dicha fecha es considerada por ellos como «sagrada».

El día 9 de diciembre se reúnen Arafat y Simon Peres en Granada, con motivo de una reunión propiciada por la UNESCO, donde alcanzaron un único compromiso de intentar contener la terrible ola de violencia que se extiende por los territorios ocupados.

El día 10, Arafat se vuelve a reunir, esta vez en Túnez, con el secretario de Estado norteamericano. Al parecer Christopher intenta desdramatizar ante el líder palestino la posibilidad de retrasar el inicio de la retirada militar israelí de Gaza y Jericó. A raíz de este encuentro la OLP empieza a aceptar este retraso y deja de considerar como «sagrada» la fecha del 13 de diciembre.

Llega la mítica fecha del 13 de diciembre sin que este primer plazo, considerado inicialmente por todos como piedra de toque de la seriedad del proceso, haya sido respetado. El día anterior Isaac Rabin y Arafat se reunieron en El Cario sin que pudieran llegar a ningún resultado pero ambos declararon que:

«El día 13 de diciembre no es importante, el día realmente importante es el día 13 de abril fecha en que la retirada militar israelí debe quedar completada.»

Y decidieron reunirse a los diez días para seguir negociando. Encima de la mesa quedaban tres temas candentes sin solución en ese momento: el control de los puestos fronterizos, la exacta dimensión territorial de la jurisdicción autonómica de Jericó y, especialmente, el sistema que deberá garantizar la seguridad de millares de colonos judíos que, de lograrse el acuerdo, quedarán rodeados por casi 2.000.000 de palestinos dotados de una policía propia formada por antiguos guerrilleros.

El día 18 cunde la desilusión ante el anuncio de que no se respetará, tampoco, la fecha en que deberían reunirse de nuevo Arafat y Rabin —anunciada para el día 22 ó 23 de diciembre— quedando pospuesta la reunión para el mes de enero pero, sin embargo, es de destacar la aceptación israelí de una «presencia internacional» en las fronteras que consistiría en 100 observadores civiles que ayudarían a los palestinos en tareas policiales. Esta es la primera vez, desde 1967, que Israel acepta la intervención de Naciones Unidas.

A pesar de lo anterior continúan los contactos secretos entre ambas partes primero en Oslo, ciudad que ya sirvió como marco para llegar al primer acuerdo, y a partir del día 21 en París. Sin llegar a acuerdos significativos, dichas conversaciones se trasladan de nuevo a El Cairo lugar donde el día 27 se reúnen Simon Peres y Abu Mazen con la mediación del líder egipcio Hosni Mubarak. La inclusión en las conversaciones de Abu Mazen, número dos de la OLP, es entendida como un gesto de flexibilidad por parte de esta Organización

ya que éste considera la negociación como un acuerdo de una autonomía y no de un Estado.

El año 1993 termina con unas negociaciones bloqueadas en El Cairo pero que al menos mantienen las puertas abiertas a la esperanza, con el reconocimiento diplomático entre Israel y la Santa Sede y con el ultimátum del rey Hussein de Jordania a Arafat para acordar los principios de cooperación jordano-palestina.

Tras esta nueva ruptura de negociación se percibe la crisis más grave en las relaciones entre ambas partes desde el 13 de septiembre. Unos y otros se acusan de intransigencia y de romper los acuerdos ya establecidos. Es de nuevo Egipto el que hace de intermediario no sólo entre palestinos e israelíes sino entre aquéllos y los jordanos que exigen una política de paz coordinada.

Por fin, el día 10 de enero vuelven a reunirse ambas delegaciones en la ciudad egipcia de Taba «sin condiciones previas» encima de la mesa. Tras diez días de negociaciones no se produce ni un solo avance significativo en los temas tratados y se decide cambiar la sede de las conversaciones volviendo a reunirse a partir del día 22 en la carismática ciudad de Oslo.

Mientras se producían estos contactos en la ciudad de Taba, en Ginebra se reunían el día 16, cara a cara, el presidente norteamericano, Bill Clinton, y el líder sirio Hafez El-Assad. Los resultados de la reunión fueron menores que los esperados, tan sólo el compromiso sirio de «buscar relaciones normales y pacíficas con Israel» aunque sin precisar plazos ni condiciones y sin respaldar abiertamente la Declaración de Principios a la que califica de «solución parcial» mientras Siria busca una «paz global y justa», también se acordó continuar las conversaciones de paz entre sirios e israelíes en Washington a partir del día 24 de enero. Los israelíes calificaron los resultados de este encuentro como insuficientes.

Las conversaciones iniciadas en Oslo continuaron en la ciudad suiza de Davos el día 29 de enero encabezando las delegaciones Simon Peres, por parte judía, y Yaser Arafat por los palestinos. Los puntos de fricción seguían siendo los mismos que en reuniones anteriores. Tras dos días de intensas negociaciones ambos líderes declararon que a pesar de los avances logrados, fundamentalmente en el tema del control de los pasos fronterizos, sería necesaria una nueva reunión para cerrar el acuerdo y ambos reconocieron que la paz está «muy cerca».

Los primeros días de febrero fueron pródigos en manifestaciones y tomas de postura por ambas partes que hicieron peligrar la reanudación de las conversaciones. Inicialmente el primer ministro israelí, Isaac Rabin, echó un jarro de agua fría sobre las esperanzas de un acuerdo al manifestar que:

«A no ser que ocurra un milagro, las conversaciones deben durar todavía varias semanas.»

A esto se unió la entrevista mantenida por Rabin con el alto mando del Ejército israelí en el que los militares expresaron al primer ministro su preocupación por las concesiones hechas, al parecer, a los palestinos en la reunión de Davos que, según ellos, han ido «demasiado lejos».

Por parte palestina se incrementó el nivel de violencia en los territorios ocupados llegando a su máximo nivel con la muerte, a manos del Ejército israelí, de Salim Mufawi, uno de los

dirigentes de los *Halcones de Al Fatah*, brazo armado de la Organización que dirige Yaser Arafat y que se ha reincorporado a la lucha armada. La tensión entre ambas partes hace peligrar la reanudación de las conversaciones pero al fin, y debido a la mediación del líder egipcio Hosni Mubarak, el día 7 de febrero vuelven a reunirse en El Cairo Arafat y Simon Peres.

Tras una primera fase en la que cundió el pesimismo, y se cruzaron acusaciones de incumplimiento de «acuerdos previos», el 9 de febrero se dio el «segundo paso histórico» hacia la paz con la firma de un Acuerdo sobre la Seguridad en los Territorios Autónomos, firmado por Arafat y Peres bajo la mirada de Hosni Mubarak.

No se trata de un acuerdo definitivo y se espera que los contenciosos pendientes puedan solventarse en las «próximas semanas», pero viene a resolver los principales problemas que impedían la aplicación de la Declaración de Principios.

Israel y la OLP abren una puerta a la paz en El Cairo al firmar los acuerdos para la autonomía de Gaza y Jericó el día 4 de mayo. Rabin y Arafat estuvieron a punto de no firmar los acuerdos, ya que el dirigente palestino se negó a firmar el mapa del distrito de Jericó e incluso amenazó con retirarse de la ceremonia sin suscribir los acuerdos. Finalmente, gracias a la gestión del propio Peres, el presidente egipcio y el secretario de Estado norteamericano Warren Christopher, Arafat firmó finalmente los mapas, aunque añadiendo por escrito sus reservas.

Las claves de este acuerdo son las siguientes:

- Israel efectuará una rápida retirada de sus tropas de la franja de Gaza y Jericó, que deberá finalizar en tres semanas.
- La policía palestina será responsable para el orden público y la seguridad interna de los palestinos de conforme acuerdo.
- Israel continuará teniendo la responsabilidad de la defensa contra amenazas externas incluyendo la responsabilidad de la protección de la frontera egipcia y de la línea de separación con Jordania. Igualmente seguirá siendo responsable de la seguridad general de los israelíes y de los asentamientos judíos como también de su seguridad interna.
- Israel y las autoridades palestinas adoptarán medidas de creación de confianza, incluyendo la libertad de prisioneros y detenidos en prisiones israelíes.

Los primeros frutos del acuerdo, poco después de la firma de El Cairo, fueron la excarcelación de aproximadamente un millar de los 10.000 prisioneros palestinos internados en las cárceles israelíes.

El día 17 de mayo, los últimos soldados israelíes abandonaron la franja de Gaza tras 27 años de ocupación protegidos por la nueva policía palestina y aunque fueron despedidos con piedras la mayoría de los soldados llegaron a Israel sin un rasguño.

El 12 de junio Arafat llegó a Gaza para instalarse definitivamente en Palestina sin ningún tipo de festejos. Su llegada quedó eclipsada por otro acontecimiento de mayor importancia en la escena regional; siguiendo el ejemplo de la OLP, Jordania va a entrar en negociaciones directas con Israel, alejándose del concierto que desde hace años trata de organizar Siria.

El 25 de julio la paz ganó nuevos territorios en Oriente Medio. Isaac Rabin firmó con el rey de Jordania una declaración que pone fin a 46 años de estado de guerra. El presidente Clinton fue testigo en Washington de la histórica ceremonia en la que prometió que Estados Unidos será el velador de los buenos propósitos expuestos entre Israel y Jordania.

La Declaración de Washington, aunque no constituye un acuerdo de paz, asegura que:

«Después de generaciones de hostilidad, de sangre y de lágrimas, y después de años de dolor y de guerras, su majestad el rey Hussein y el primer ministro Isaac Rabin están determinados a poner fin al derramamiento de sangre y al dolor.»

El texto añade que:

«Jordania e Israel procurarán facilitar una paz justa, permanente y completa entre Israel y sus vecinos de la misma manera en la que procurarán llegar a un tratado de paz (bilateral).»

Este preámbulo está seguido del anuncio de una serie de medidas específicas que son los instrumentos a través de los cuales Jordania e Israel esperan asentar su actual reconciliación:

- Establecimiento de enlaces telefónicos directos entre ambos países.
- Enlaces eléctricos entre Jordania e Israel.
- Negociaciones sobre recursos hidráulicos encaminadas a fijar una adecuada distribución de la aguas del Jordán y del Yamuk.
- Apertura de nuevos puntos fronterizos entre ambos países, uno entre Aqaba y Eilath (en el Sur, a orillas del golfo de Aqaba) y otro al Norte que se determinará más adelante.
- Reconocimiento «en principio» de la libertad de paso entre Jordania e Israel para los turistas de países terceros.
- Activación de las negociaciones para la apertura de enlaces aéreos.
- Cooperación entre las Fuerzas de Seguridad israelíes y jordanas en la lucha contra la delincuencia, especialmente en lo que se refiere a drogas.
- Continuación de las negociaciones sobre temas económicos para preparar la cooperación bilateral futura, incluyendo la cancelación de las medidas de boicoteo contra Israel.

El 26 de octubre, el rey Hussein de Jordania firma la paz con el general israelí que le arrebató Jerusalén. Rabin fue uno de los tres grandes generales israelíes que en la guerra de los Seis Días se apoderaron del sector árabe de Jerusalén.

El Tratado de Paz, firmado en una ceremonia celebrada en el bíblico desierto de Arabá, y que figuró como testigo el presidente Bill Clinton, que advirtió que su país «no permitirá que lo saboteen los terroristas», ha sido calificado como el mejor de los acuerdos firmados por Israel con el mundo árabe por el propio rey Hussein.

Estos son los principales puntos de este acuerdo:

- Israel devolverá casi todo el territorio reivindicado por Jordania y Ammán aceptará tierras alternativas en sustitución de las que ya han colonizado los israelíes.
- Israel tomará en alquiler pequeños territorios de Jordania.
- Israel entregará cada año a Jordania 40.000.000 de litros cúbicos de agua del río Yamuk y dará además 10.000.000 de litros suplementarios de agua desalinizada.

- Jordania nunca participará en alianzas hostiles a Israel, ni permitirá que se lancen ataques contra este país desde su territorio.
- Israel consultará con Jordania antes de entrar en negociaciones sobre los refugios palestinos de la guerra de 1948.

## Conclusiones

El panorama estratégico mundial, con todos los cambios y planteamientos que el nuevo orden internacional lleva consigo, va a estar posiblemente focalizado en Oriente Medio.

Tres aspectos principales van a determinar el futuro de la región:

- Seguridad y estabilidad de los Estados del Golfo y mantenimiento de la corriente de abastecimiento de petróleo.
- Actitud de Irán y conjugación de sus intereses estratégicos con sus ambiciones hegemónicas en la región.
- Resultado de las negociaciones emanantes del actual proceso de paz en curso para poner solución al conflicto árabe-israelí.

Dentro de estos tres aspectos podemos aventurar que el caso particular de Irak es, incluso, marginal. Con toda probabilidad las Naciones Unidas continuarán aplicando su línea apolítica actual respecto al régimen de Sadam Husein. Tampoco hay que descartar la desaparición del líder iraquí, no siendo previsible que la coalición occidental modifique entretanto su postura.

El incremento del potencial militar iraní, su fanatismo irrevocable y su actitud hegemónica en la región están motivando un nexo de unión entre los países árabes (moderados) amenazados, los intereses occidentales en la región (primordialmente relativos al petróleo) y, no lo olvidemos, la situación y futuro de Israel.

Los gobiernos afectados, en el presente, parecen estar pendientes y con la mirada puesta en Estados Unidos para hacer frente a la nueva amenaza que se cierne sobre el horizonte.

Por otra parte la pobreza, frustración y el temor reinante están contribuyendo a crear un excelente catalizador para el desarrollo del islamismo radical extremista, lo que afecta prácticamente a todos los países árabes del entorno.

Jordania es, en la actualidad, el país que más depende de la ayuda norteamericana. La Monarquía hachemita se ha visto afectada internamente por la oposición islámica y, posteriormente, privada de la ayuda económica de los países árabes moderados, a raíz del apoyo mostrado a Irak con motivo de la guerra del Golfo. Hoy más que nunca busca la indulgencia de Estados Unidos y la tolerancia de Israel. La firma del Tratado de Paz entre Israel y Jordania en el desierto de Arabá entierra 46 años de estado de guerra en octubre del año 1994 teniendo como testigo a Bill Clinton constituye el primer intento real de un país árabe de comenzar una nueva era de convivencia y cooperación con Israel en todos los terrenos.

Siria es un caso particular que merece consideración aparte. Está entablando negociaciones con Israel al mismo tiempo que permite el grupo islámico proiraní, Hizbollah, llevar a cabo atentados contra las fuerzas israelíes en el Líbano. Siria permite que tres de los más violentos grupos terroristas palestinos mantengan sus bases en Damasco, al tiempo

que busca obtener cierta respetabilidad en el plano internacional y espera que la mediación norteamericana pueda ser útil en sus intentos por recuperar los Altos del Golán. El presidente Assad parece reconocer que el enfrentamiento directo con Israel no llevará a ninguna parte y, por otro lado, la ayuda soviética ya es historia (a pesar de ciertos acuerdos de adquisición de armamentos firmados recientemente).

El problema palestino es otro asunto, y este pueblo se enfrenta con opciones complicadas. Sus representantes aparecen divididos y enfrentados con los rigores de la ocupación israelí y con la continuación de la Intifada. En febrero de 1995 la OLP se plantea poner fin al proceso de paz con Israel con las declaraciones que el secretario de la Organización que lidera, Yaser Arafat que asegura que se va a reconsiderar todo el proceso decidiendo un nuevo programa para exigir una paz basada:

«En una retirada total de los territorios ocupados, el desmantelamiento de las colonias, el retorno de los refugiados y el establecimiento de un Estado palestino con capital en Jerusalén».

Condiciones inaceptables para Israel.

Después del tiempo transcurrido de negociaciones directas con Israel se han producido algunos avances, como la firma de los acuerdos con la OLP para la autonomía de Gaza y Jericó y la del Tratado de Paz con Jordania. Se continúa esperando que Estados Unidos sigan tomando la iniciativa.

Un resultado tangible del proceso de paz no se va a producir si no es como compromiso entre las partes, y cada vez está más claro que este compromiso no será posible sin la mediación de Estados Unidos, de quien se espera, sobre todo por parte israelí, que aporte sus relaciones, potencial y juego de intereses en Oriente Medio, junto con su capacidad para repartir ciertas concesiones —tanto en el plano de seguridad como en el económico— que hagan acelerar el proceso de paz.

La naturaleza y evolución futura del panorama geoestratégico de la región dependerá, fundamentalmente, de la energía e interés que cada país implicado en el proceso aplique a tres condicionamientos decisivos:

- Conclusión con éxito de las negociaciones de paz sobre el conflicto árabe-israelí.
- No proliferación de los sistemas de armas de destrucción masiva, incluyendo en ellos los vectores de lanzamiento.
- Mejora de las condiciones de vida de la población de la región en el marco de un mejor medio ambiente.

Hasta ahora Oriente Medio ha visto sucederse errores y malas soluciones, más que aciertos. El futuro estable de la región dependerá más que nunca de la implantación de un equilibrio tolerable para todas las partes afectadas o interesadas.

El Acuerdo de Paz constituye un hito histórico y una verdadera encrucijada para las partes. Por un lado, la OLP está exhausta y en su peor momento político y económico, tras su tremendo error en el conflicto del Golfo, y por otro, Israel no puede mantener indefinidamente la actual situación.

Aunque Israel negocia o resuelve sus conflictos uno a uno, no cabe duda que la evolución del resto de conflictos en la zona tiene una importante incidencia en el desarrollo favorable del Acuerdo de Paz con la OLP.

Por último cabe señalar la importancia de los beneficios alcanzados con los Acuerdos de Camp David, que condujeron a la paz y convivencia normal con Egipto.

El desarrollo de este proceso tiene un curioso paralelismo con el actual. Tras 25 años de enemistad declarada y cuatro guerras con Egipto en una situación de agotamiento, se alcanza un acuerdo desde una posición de relativa fuerza. Igualmente Israel, tras más de 20 años de guerra declarada a los palestinos y cuatro después de la guerra del Golfo, de la que sale políticamente fortalecido y con el antagonista el borde del desastre, se negocia y llega al acuerdo.

No es ilógico concluir que es posible la paz, aunque el proceso será largo y estará salpicado de hitos altamente espinosos.